

Segunda meditación *Hoy es Lunes Santo*

Con la Semana Santa entramos en el corazón del misterio cristiano, que revela el significado de la vida, del sufrimiento y de la muerte misma. Entramos en un camino que sigue los pasos de Jesús, envueltos en un amor dado hasta el final. Entramos conscientes de que, desde su muerte y resurrección, la salvación, la esperanza y la paz han florecido para todos, incluso en un momento difícil como el nuestro.

En este Lunes Santo, la liturgia de este día nos invita a recordar cómo Jesús al comienzo de la última semana de su vida, casi para ser apoyado y para hacer frente a todo lo que estaba por venir, quiere ir a cenar con algunos de sus amigos.

Leemos pausadamente el evangelio de Juan 12, 1-11

Con la Semana Santa entramos en el corazón del misterio cristiano, que revela el significado de la vida, del sufrimiento y de la muerte misma. Entramos en un camino que sigue los pasos de Jesús, envueltos en un amor dado hasta el final. Entramos conscientes de que, desde su muerte y resurrección, la salvación, la esperanza y la paz han florecido para todos, incluso en un momento difícil como el nuestro.

«Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume, Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice:

“¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?”. Esto lo dijo no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa, se llevaba de lo que iban echando. Jesús dijo: “Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis”. Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron no solo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús».

Reflexión

«María tomó entonces una libra de perfume de nardo puro, muy precioso, roció los pies de Jesús, luego los limpió con su cabello, y toda la casa llena del aroma de ese aroma.»

La unción de Betania tuvo lugar unos días antes de la Entrada Triunfal de Jesús a Jerusalén.

Durante este banquete, en el que Lázaro, resucitado de entre los muertos, está presente, mientras Marta está sirviendo, María rocía los pies del Señor con aceite fragante; su gesto expresa toda la gratitud y alegría por la nueva vida. Es un gesto lleno de ternura, un acto puro de amor más allá de cualquier consideración utilitaria, una sobreabundancia de gratuidad, que se expresa en una existencia gastada para amar y servir al Señor. Pero es la vida «derramada» sin medida que esparce un perfume que llena toda la casa. El aroma embriagador del nardo más puro se convierte en el prelude del inminente «entierro» de Cristo, porque es a partir de su muerte que fluyen la resurrección y la vida verdadera. Es el aroma de Dios para la humanidad y para la

Iglesia. ¡Señor Jesús, ayúdanos a difundir tu aroma dondequiera que vayamos; inundarnos con tu espíritu y tu vida, para que cualquiera que se nos acerque sienta tu presencia en nosotros!

LA PASIÓN DE CRISTO EN LAS CALLES

En Nazaret la vida se hace en la calle como en nuestra Andalucía. El clima benigno favorece que las gentes conviertan la calle en lugar de encuentro para celebrar la vida en momentos de pasión y gozo. En Nazaret, pequeño pueblo desconocido de la región de Galilea, los maestros de vida José y María, y un puñado de vecinos, enseñaron a Jesús los proverbios e historias tradicionales al tiempo que a expresarse con las palabras sencillas de los campesinos. Así creció y vivió Jesús. Su vida pública fue un ir y venir de un sitio para otro por caminos polvorientos con la única misión de anunciar que Dios es Padre. La lectura del Evangelio nos muestra a Jesús Maestro itinerante.

La Pasión de Cristo, también aconteció en la calle, teniendo como único templo la luz y el inigualable cielo azul mediterráneo. A la caída de la tarde el firmamento se viste de infinitas estrellas que desde su privilegiado balcón quieren ser testigos de la más hermosa historia de amor. Suponemos que Jesús conocía bien el camino de Getsemaní a Jerusalén. Con seguridad habría recorrido con frecuencia aquel trayecto angosto y empinado. Ahora todo es distinto. Él conoce que los hosannas y aleluyas del pueblo son preludio de su apresamiento, juicio y condena a muerte.

Las autoridades no saben qué hacer con Jesús y el pueblo a una sola voz pide su condenación. Lo más fácil es celebrar la fiesta de Pascua “en paz”. Con el veredicto comienza el espectáculo en la calle. Cargado con la cruz ordenan dirigirse al monte Gólgota. Comienza una nueva procesión, entre la algarabía de gentes, que alcanzará la cumbre en forma de calavera donde sería crucificado. Este camino, esta vía, a tenor de los acontecimientos, se conoce desde entonces, como “dolorosa” o “de la cruz”. Aquella fue la primera “carrera oficial” de una representación viviente donde paradójicamente el actor principal era el Mesías, el Redentor.

Después de estos hechos me imagino que, igual que las madres que encuentran consuelo visitando el camposanto donde descansan sus hijos, el grupo de seguidores volverían una y otra vez al lugar de los hechos, una vez que reaccionaron de su cobardía y desamor. En silencio, con alguna lágrima recorriendo sus mejillas, contemplarían con la memoria y el corazón aquel acontecimiento, que ahora comprendían a través de sus encuentros con el Resucitado.

De tal suerte, la cruz redentora de Jesucristo, resplandeciente con la luz cegadora de su Resurrección, rompió el espacio sagrado de las religiones naturales para ocupar el centro del universo. La Cruz ya no es signo de ignominia sino de salvación.

La experiencia de encuentro con Jesucristo Resucitado convierte a sus seguidores en voceros de la nueva noticia urgidos por llevar el anuncio del Evangelio al mundo entero comenzando una historia apasionante de diálogo con las culturas en las que la fe ha ido tomando asiento. Como consecuencia de la evangelización la fe acogida y vivida se hace cultura enraizada en la concreta idiosincrasia cultural. Así se produjo el diálogo de la fe y la cultura en nuestro barroco andaluz y almeriense y como consecuencia el anuncio y la catequesis se tornan en belleza plástica cuya contemplación extasía y en una multiplicidad de bellezas y sensaciones que enriquecen nuestra humanidad y nos acercan a las puertas del cielo.

El papa Francisco insiste y apuesta en el programa pastoral de su pontificado por una Iglesia en salida. Quedarnos hoy devotamente encerrados en el templo es una gran

irresponsabilidad pastoral. Lo expresa magníficamente el teólogo Henri de Lubac cuando dice que “una fe que fuera llegando poco a poco a no tener signo externo alguno, ni culto, ni festividad, ni institución social, ni referencia a la historia ni a la cultura, ni creencia formulada objetivamente, ni sentimiento, no sería una fe purificada sino una fe esterilizada”.

Oración Final

Hay momentos Señor,
en los que la fatiga se apodera de nuestras extremidades,
y nos dejamos vencer por el agotamiento.
Hay veces, Señor, que nos parece haber trabajado en vano
y no haber cosechado ningún fruto.
Hay momentos, Señor, en los que experimentamos
el amargo sabor de la derrota y el fracaso,
y experimentamos una gran soledad que es difícil de soportar.
Es entonces cuando necesitamos recibir el aroma de la ternura,
el aceite fragante de la amistad,
el aceite beneficioso del consuelo.
Es entonces cuando necesitamos un hermano o hermana
que se acerque a nosotros con el aroma que alivia el dolor,
con el aceite que hace cicatrizar los tejidos,
y con el óleo que perfuma nuestra cabeza y todas nuestras extremidades.
Señor, que nunca falten hermanos y hermanas,
que nos traigan el perfume del consuelo y la ternura.
Ven Señor,
y derrama sobre nuestros,
el perfume y la luz de tu presencia.
Contigo, también nosotros, podemos ser para nuestros hermanos
y para la gente con la que nos encontramos
perfume que consuela,
da esperanza e induce al bien.
Contigo, también nosotros podemos ser luz
para que todos descubran la belleza
que Dios ha puesto en ellos.
Señor Jesús, bendícenos
y bendice a toda la Tierra en estos momentos de prueba.
Amén